

EL asunto Niarchos no apasiona en Grecia más que a los extranjeros y a los coroneles. Los griegos ya tienen sus propios quebraderos de cabeza y, por otra parte, de este «affaire» no saben absolutamente nada más que lo dicho por la prensa extranjera, tampoco demasiado enterada. El fiscal de Atenas ha prohibido a la prensa griega toda información relativa al tema. Lo que persigue es evitar que los comentarios influyan sobre los magistrados actualmente sobre el asunto, y en los jurados, caso de que se abriera un futuro proceso.

¿Es esto, de verdad, lo que únicamente persigue? Los griegos levantan sus ojos al cielo, han visto ya otros casos, y llegan a la persuasión de que por «un poco de dinero» —que en el caso presente significa «mucho dinero»— los coroneles y el armador Stavros Niarchos sellarán un amistoso compromiso. En la hipótesis, apenas probable, de un crimen premeditado, o de un accidente que hubiera provocado la muerte de la señora Niarchos —es decir, los golpes propinados por su marido—, es de temer que el proceso sufra dilaciones, o lentitudes, que lo harían durar hasta que el asunto quede enterrado, o que la cámara rechace de plano las acusaciones contenidas en el informe preparado por el fiscal Fafoutis, a cambio de... El precio es pura cuestión de tira y afloja entre los coroneles y el armador.

Por de pronto, un reciente acuerdo, ratificado una semana después de la muerte de la señora Niarchos, vincula, entre otros, a Niarchos y a los coroneles. A cambio de 200 millones de dólares (14.000 millones de pesetas) a invertir dentro de un plazo de seis años bajo garantía de perder una «señal» de 20 millones de dólares previamente depositados en el banco, Niarchos se asegura la concesión para ampliar la refinería de petróleo de Aspropyrgos.

El personaje: Stavros Niarchos. Una buena estampa, ya un tanto «démotée», del macho mediterráneo. En contra de todos los etimologistas del mundo, se tiene por descendiente de Nearque, el armador de Alejandro Magno. Es tan rico como Creso y tiene, como él, su propia leyenda: la de su fortuna, labrada por sí mismo entre los dieciocho y los sesenta y un años. Ha vivido cinco vidas conyugales en cuatro matrimonios; la tercera y la quinta con la misma esposa, Eugenia, ahora difunta, de la que nunca se divorció para casarse, en México, en cuartas nupcias, con la hija de Henry Ford, Charlotte. Pero cuando ésta, tras seis meses de matrimonio, le dio una hija, la pareja reemprendió el camino de México, para divorciarse. Y Stavros Niarchos pudo entonces volver a su antigua esposa, Eugenia Livanos.

Charlotte Ford, he aquí un nom-

El caso Niarchos

«poderoso caballero..»

bre considerable, pero el de Eugenia Livanos no le iba en zaga. Su padre, Stavros Livanos, era un gran armador griego. Al casarse con Niarchos, Eugenia tenía diecinueve años y estaba enamorada. Esto ocurría en 1947. Dos años antes, su hermana Tina había contraído matrimonio con otro futuro meteoro de la nueva ola de armadores griegos, Aristóteles Onassis. Charlotte, para poder seguir siendo una esposa, tenía la desventaja de no ser griega. Pero, sobre todo, Eugenia amaba a su marido, como se dice que le amó siempre, con un amor bastante ciego. Y para el tremendo juerguista que ha sido durante toda su vida Stavros Niarchos, el amor de su mujer constituía una especie de seguro, el de la impunidad. Tal situación duró, al parecer, hasta el final de la vida de la pareja, puesto que la misma tarde de la muerte de Eugenia Niarchos una mujer joven, amiga, se hallaba en la casa.

¿El inventario de bienes? Sería difícil de realizar. Entre las innu-

isla de un millón de metros cuadrados, Spetsopoula, en la bahía de Argos, la bahía más azul del más azul de los mares, el Egeo. Una isla que en nada se parece hoy al roquedal que fue, y del que la ausencia de agua potable expulsó un día a la última familia de miserables campesinos que la habitaba.

Otras residencias, claro está, como en Nueva York las tres plantas de Sutton Place que miran sobre el East River. En París, el hotel Chanaleilles. En las islas Bermudas, los «Horizontes Azules». En Cap-d'Antibes, el castillo de la Croe, donde Mrs. Simpson esperaba, hace ya mucho tiempo, a su rey de Inglaterra. En Saint-Moritz un chalet comprado a la familia real de Rumania.

Se dice que, salvo el de sus hijos— lo cual se sobrentiende—, Niarchos no conoce el amor. Pero, aparte el gusto desenfadado por el poder, tiene dos pasiones. Primero, la de la belleza: los impresionistas, el Greco, Rubens, en una

deña —con la consiguiente jauría de perros—, para cuyo cuidado llegan cada día, desde la vecina isla de Spetsai, 500 servidores.

Por decirlo de una vez, Stavros Niarchos es un emperador. Y como todos los emperadores, como Napoleón, como el Gatsby de Fitzgerald, como el ciudadano Kane o el M. Arkadin de Orson Welles, tiene dos miradas. Según se tome la foto en la intimidad o en pleno combate, bien sea sobre las gradas de sus astilleros o tras de la mesa de su despacho. Si su primera mirada, que reserva para sus ocasionales «emperatrices», es puro encanto y terciopelo, la otra no tiene absolutamente nada de tierna. Y es que un imperio no se levanta con ternura. De hecho, entre las múltiples fórmulas que es necesario utilizar conjuntamente para amasar una auténtica fortuna en una sola generación hay dos insoslayables: poseer el genio de los negocios y el desprecio para todo lo demás. Niarchos tenía ambas cosas, y por eso triunfó.

El «affaire Niarchos» es, en nuestros días, más bien el «affaire Fafoutis». Puesto que si los tribunales deciden actuar contra Niarchos, ello será debido a la obstinación del fiscal del Pireo. Constantino Fafoutis, minúsculo hombrecito de cincuenta y dos años, ya en las postrimerías de su carrera, tiene el anodino aspecto de un burócrata honesto y decente, tal y como lo exige la moral. Y eso es en realidad. Severo para con el pueblo menudo, impermeable a sus desgracias, pero íntegro a carta cabal. Por decirlo claramente: no se compra al fiscal Fafoutis. Se empuja en la justicia, lo mismo que el jucillo del asunto Lambrakis, que dio origen a la película «Z».

Todo ocurrió en la noche del 3 de mayo. Eugenia Niarchos había vivido un día sin historia: se mostraba «normal y feliz», dicen los testigos. La tertulia se alarga, arrastrando los minutos. Stavros y Eugenia beben, esperando tranquilamente la hora de cenar. Fuera es de noche y está lloviendo. Son las diez cuando pasan al comedor, y al sentarse a la mesa, la tensión se ha condensado entre ambos. Silencio e inmovilidad ante la tormenta. ¿Cuántas copas ha bebido Stavros Niarchos? Cuando bebe, aguanta mucho, demasiado. Y entonces, el alcohol le sienta mal.

Acaba de llamarle Charlotte Ford, que acepta dejar a su hija Elena en Spetsopoula, donde, algo más tarde, la niña podrá celebrar su tercer aniversario, y vendrá ella misma a traer a la hija. Cuando el matrimonio Niarchos se enfrenta, bastante agriamente, acerca de una cuestión de intereses, esa llamada telefónica está muy lejos de contribuir a aligerar el ambiente. Eugenia Niarchos, que no ha tocado su plato, sube a su habitación sin esperar a que la cena concluya.

La obstinación de un fiscal puede ser más fuerte que el miedo a Stavros Niarchos, el griego más poderoso.

merables cosas que sirven al placer diario, un avión a reacción para los viajes rápidos, y el «Creole» para navegar: un arrogante valero de tres palos, nueve mil metros cuadrados de velamen y casco de teca. La mayor embarcación de recreo del mundo y, sin duda, la más elegante de cuantas hayan podido surcar los mares modernos. Una

palabra, el Arte con mayúscula —como también las mujeres jóvenes—. Esta es su pasión, diríamos, suave. La segunda es más brutal, más cruel: la caza. La exótica cacería de los safaris de África y la tranquila caza europea, en Spetsopoula. Faisanes, codornices, perdices, corzos importados de Alemania, cabras salvajes traídas de Cer-



De arriba abajo: Stavros Niarchos con su esposa Eugenia a bordo del «Creole», en 1956, cuando los millones, las joyas, los cuadros, los cruceros y, en una palabra, la satisfacción de todos los caprichos prometían un matrimonio feliz. Pero Stavros es «polígamo» por naturaleza y se casa con Charlotte Ford en México; de ella tendrá una hija. En el ataúd de Eugenia, muerta por ingestión de barbitúricos en misteriosas circunstancias, se encierra el epílogo de esta «dulce vida» envuelta en tragedia.

¿Después? Evidentemente, eso es lo que se ignora. Por el momento. Porque, al fin y al cabo, había en la casa bastante gente como para pensar que un día se sabrá con exactitud lo que ocurrió. Lo cierto es que, algo después de las once, una doncella enloquecida llama al señor Niarchos al lado de su mujer inanimada. Transcurrierán tres horas aún antes de que, en helicóptero, desde Atenas, bajo la pesada lluvia, llegue el doctor Panayiotis Arnaoutis, llamado por el armador. Lo evidente es pensar que hubiera sido mucho más fácil requerir los servicios del médico de Spetsai. Pero el doctor Arnaoutis hermano del antiguo ayudante de campo del rey, Michel Arnaoutis, exiliado en Londres y condenado por contumacia por el tribunal militar tras el fracasado golpe del rey, es, además de miembro de la plantilla médica del hospital Evangelismos, amigo de Niarchos y empleado suyo en los astilleros navales. El médico encuentra a Eugenia Niarchos moribunda, y la inyección que le aplica resulta ineficaz.

Ha absorbido barbitúricos. Pero presenta también en la garganta y otras partes del cuerpo señales que, sin duda, le sorprenden e inquietan, ya que rehúsa —a su amigo, su patrón y el más poderoso de los griegos junto a Onassis, Pappas y los coroneles— el permiso de inhumación, que hubiera permitido enterrar a Eugenia Niarchos, según la costumbre griega, al día siguiente a su muerte.

Poco después llega un joven policía, el teniente Dimitrios Koronis, y su reacción es la misma que la del médico. Ambos se cruzan una rápida mirada de profesionales, y el policía despierta al profesor Dimitrios Kapsaskis, jefe del servicio de Medicina Legal de Atenas, para informarle que se dispone a suscribir una petición de autopsia. Kapsaskis, a su vez, desvela al fiscal del Pireo, Constantino Fafoutis.

El helicóptero que conduce a Spetspoula al fiscal y a un capitán de gendarmes se posa en la isla a las cuatro de la madrugada. Escena clásica, de película, la llegada de la policía y la Justicia. Es el instante en que unos hombres grises, lastimosamente vestidos, empuñan el poder en la mansión suntuosa, y su primera mirada, de extraña seguridad, va al viudo de hace pocas horas, célebre armador, a su familia, que ha llegado antes que ellos; a los criados, tapices, cuadros y alfombras que hollan con sus húmedos zapatos. Viven en el cemento, y ahora llegan al mármol.

Esa noche, el fiscal Fafoutis queda firmemente convencido de una cosa: Stavros Niarchos no es inocente respecto a la muerte de su mujer. El armador se explica, se defiende: «Si he sacudido a mi mujer ha sido para hacerle vomitar y reanimarla». El fiscal no cambia

de idea, ni entonces ni después. Pero se encuentra solo: el 15 de julio, un informe elaborado por seis médicos expertos concluye, unánimemente, que la muerte fue provocada por la ingestión de barbitúricos. «Las contusiones fueron ocasionadas durante el período comatoso provocado por el envenenamiento y, en consecuencia, deben considerarse como leves y sin que hayan, de ninguna manera, contribuido al resultado, es decir, la muerte».

Dos de los firmantes están estrechamente vinculados al poder; pero tal detalle se explica por la personalidad misma de la señora Niarchos: es evidente que para un caso tal no iban a nombrar a un experto cualquier perdido en el Peloponeso. El doctor Tountas, uno de los médicos del primer ministro Papadopoulos, en colaboración con el profesor Kapsaskis, se encargó de reunir el equipo de médicos en cuestión.

Kapsaskis es un ilustre especialista de Medicina Legal, y un no menos ilustre exponente de la derecha griega ya desde época anterior a la de los coroneles. Fue él quien, en 1963, en Salónica, dictaminó la muerte por caída accidental del diputado de extrema izquierda Gregorios Lambrakis, el héroe de «Z». Y en aquella ocasión tuvo que enfrentarse violentamente a otro profesor que había llegado a la conclusión de que Lambrakis fue golpeado en la cabeza con un objeto contundente.

El mismo profesor Kapsaskis, que, habiendo girado visita en la cárcel al profesor Mangakis, en virtud de una denuncia de su mujer que afirmaba que su marido detenido había sido torturado, ni siquiera le examinó. Lo cual, como se vio en el proceso de Mangakis, no impidió que su mujer fuera acusada de falso testimonio, detenida y encarcelada. Es también el mismo médico que acudió a la asamblea de Strasbourg para declarar que los detenidos griegos no sufren malos tratos...

Pero he aquí que a finales del mes de julio el fiscal Fafoutis ordena una nueva investigación dirigida por el profesor Silandagos, de Salónica. El informe resultante da como resultado: graves lesiones que pueden ser anteriores a la ingestión de barbitúricos y, particularmente, el bazo reventado. Así fue cómo el 22 de agosto, apoyado en el artículo 311 del Código Penal, el fiscal Fafoutis pidió la inculpación de Stavros Niarchos, por golpes y lesiones que, directa o indirectamente, provocaron la muerte.

¿Suicidio o accidente disfrazado de suicidio? De momento, oficialmente, hasta la decisión de los tribunales, se trata de un suicidio. ¿Quién se atreverá, aun en el caso de que sea posible, a probar lo contrario? ■ KATIA D. KAUPP.